

real termina con el feudalismo, pero las nuevas dimensiones del Estado monárquico, de acuerdo con los tiempos y las circunstancias que requerían un mayor ámbito espacial, terminaron con la autonomía política de las ciudades, aunque se conservase la forma municipal. Las pocas ciudades que tuvieron la ilusión de permanecer independientes, fueron totalmente ineptas para lograrlo y cayeron víctimas de la agresión ante el poder militar del nuevo Estado.

*Los Estados Nacionales: La Ciudad Capital, Consecuencia de la Centralización.*—Para conservar la paz de esos nuevos Estados, los reyes por mucho tiempo estuvieron ambulantes con su corte en todos sus dominios; pero esta situación no podía ser duradera, pues las exigencias de la centralización que lentamente iba adquiriendo el soberano demandaban una sede permanente. Ni los archivos, ni la burocracia, ni los tribunales podían llevar una vida errante, siendo necesaria su fijeza en una sola localidad. Así es como surge la ciudad capital, la ciudad cortesana y barroca, la metrópoli que impone su forma de vida y ejerce su influencia en todo el territorio nacional. La metrópoli, sede de la corte, de la burocracia y de los tribunales, concentra toda la fuerza política de las nuevas nacionalidades, y gracias a su influencia y prestigio, éstas van adquiriendo una fisonomía propia. Las demás ciudades se convierten en "ciudades satélites", que siguen las directrices dadas por las metrópolis en cuanto a cultura, tendencias y costumbres. Este resultado era necesario hasta cierto punto para consolidar la unidad de los nuevos territorios. Con la diversidad de tendencias, de dialectos y de costumbres habría sido muy difícil conseguirla, y prolongar aquella situación significaba un estancamiento y una concesión a un ciego y torpe localismo, sin las ventajas que la ciudad independiente había obtenido en el período anterior. Londres y París fueron los centros de atracción que consolidaron la unidad de los países de más fuerte tradición nacional. Los pueblos alemanes, herederos del Sacro Imperio Romano que no tuvo sede fija, encontraron un factor negativo para su unidad en la falta de metrópoli, que no pudo ser Viena por las terribles luchas religiosas y porque Viena se convirtió en la capital del Imperio más heterogéneo. Las concesiones que España tuvo que hacer a las ciudades en la época de la reconquista y la tardía fijación de la sede en Valladolid y después en Madrid, dificultaron la unificación. La era del absolutismo terminó con las libertades regionales, pero el espíritu de aislamiento de la ciudad medieval desembocó en un localismo de campanario que aún se mantiene con perniciosos resultados para la unidad de España.

*Las Ciudades Hispanoamericanas: De las Necesidades Colonizadoras a los Procesos de Unidad Nacional.*—En América, el establecimiento de las ciudades obedece a razones de dominio a las tribus indígenas y de defensa contra las mismas, a razones de administración del vasto territorio colonial y también a motivos económicos, religiosos y de otra índole. No hubo una razón política para considerar a las colonias como un todo, sino al contrario, privó la idea de considerarlas como partes o provincias solamente sujetas a la lejana metrópoli, y de esa cuenta, al realizarse la independencia, faltó la ciudad capital, la metrópoli americana que hubiera sido una poderosa fuerza centrípeta en favor de la unidad. Por este motivo las nuevas Repúblicas se formaron respetando más o menos las divisiones administrativas coloniales, alrededor de la ciudad capital de cada colonia. México, ciudad capital del Virreinato de Nueva España, tuvo suficiente fuerza de atracción para mantener unido aquel vasto territorio; Buenos Aires, por su importancia política y económica, salvó la unidad argentina, y así en cuanto a las demás. El caso del Brasil es elocuente: el "mosaico de provincias" que lo constituían, como la expresó Oliveira Lima, adquirió conciencia de su unidad con el sorpresivo traslado de Juan VI de Portugal y su séquito de cortesanos a Río de Janeiro, para no caer en manos de Napoleón. Río se convirtió así en una verdadera metrópoli. La forma en que posteriormente el Brasil adquirió su independencia ayudó a consolidar la unidad del país.

Una experiencia contraria tuvimos en Centroamérica. La Capitanía General de Guatemala tuvo su sede político-administrativa en la vieja ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, hoy Antigua Guatemala, ciudad floreciente, únicamente superada en cierta época por México y Lima. Un terremoto la asoló en 1773, y aunque no quedó completamente derruida, un insensato afán de las autoridades obligó a derribarla casi en su totalidad para que los habitantes la abandonaran, trasladándose la capital tres años después al valle de la Ermita. Al efectuarse la independencia en 1821, la capital centroamericana era insignificante, sin el suficiente poder de atracción sobre las demás ciudades provinciales que, por el contrario, rivalizaron con ella. Este factor no debe ser desdeñado en el estudio de la disolución de esta República.

El caso es interesante porque, sin el poder de atracción de las grandes capitales y de su influencia decisiva como sede del gobierno administrativo de las colonias, no imaginamos cómo se hubieran organizado a la postre los pueblos hispanoamericanos. La Revolución de la Independencia Hispanoamericana fue un movimiento esencialmente urbano; y aunque los grandes capitanes que la llevaron a efecto asociaban la idea de patria a toda la América Española, esta idea era demasiado vaga.

En efecto, la Independencia la hicieron los Cabildos, que formaron *Juntas Patrióticas*, como las que existieron en la Madre Patria para rechazar al invasor napoleónico. Los Cabildos fueron la mejor obra político-administrativa que nos legó la Colonia; ellos constituyeron el refugio de la libertad en todo tiempo, no obstante la decadencia del municipio español a raíz de la Conquista; pero ese surgimiento se justificaba en estas tierras por las condiciones geográficas de lejanía. No obstante, los Cabildos acababan de sufrir el impacto de la constitución gaditana que, siguiendo el modelo francés, consideraba los municipios, de corte uniforme, como meras circunscripciones administrativas.

*Falta de Aportes de la Revolución Francesa al Proceso Evolutivo Urbano.*—La Revolución Francesa no aportó en este sentido ningún beneficio para la autonomía del municipio. El absolutismo de las masas, que reemplazó al viejo absolutismo de los reyes, rechazaba toda interferencia local, y como los países latinos fueron los más influenciados por la obra de la Revolución Francesa, en ellos se hizo sentir más este efecto desquiciador de las libertades locales. Ha sido necesario que el desenvolvimiento económico imprimiera un ritmo acelerado en el desarrollo de las ciudades, para que se iniciase un proceso de reversión hacia una mayor autonomía de las ciudades, en beneficio de una consideración regional. La ciudad barroca cumplió así su papel unificador, abriéndose paso la ciudad moderna.

*Interrogantes Planteadas por la Ciudad Moderna.*—¿Será la urbe cosmopolita un factor disolvente de los nacionalismos? No puede negarse que los grandes inventos de la época moderna sitúan a los hombres en una encrucijada parecida a la que tuvieron en el crepúsculo de la Edad Media. Los sistemas de comunicación se han facilitado tanto, que puede decirse que ya no hay distancias. El hombre se mueve por el globo terráqueo con tan pasmosa rapidez, como antes no podía hacerlo en una pequeña región. Ello ha traído, además de un mayor volumen en el comercio, un mayor intercambio de ideas, una mayor semejanza, una mayor transculturación y una común participación en todos los grandes problemas de la humanidad. La solidaridad humana se manifiesta en una serie de actividades, desde las más simples hasta las más complejas, como las que han dado origen a las Naciones Unidas y sus Agencias Especializadas. El mismo descubrimiento de la desintegración del átomo y sus posibles aplicaciones, colocan a la humanidad en el dilema de unirse o perecer. Las fronteras tienden a romperse y las potencias a formar bloques continentales que substituirán el antiguo nacionalismo. En este sentido, la ciudad cosmopolita puede señalar un derrotero. La ciudad cosmopolita ya no es forzosa-

mente la metrópoli o la ciudad capital. La ciudad cosmopolita obedece más a incentivos económicos, que se han desarrollado en forma gigantesca desde el comienzo de la Revolución Industrial, y aventaja muchas veces a la ciudad capital. Nueva York o Chicago tienen mayor importancia que Washington, centro político. La inmigración internacional a las ciudades cosmopolitas les da no solamente su tolerancia para toda clase de ideas y religiones, sino incluso las convierte en refugio del espíritu antipatriótico. La ciudad mundial precisa del nuevo orden mundial para no convertirse en un simple centro de explotación financiera; precisa también de un nuevo orden en favor de la región y en contra del excesivo congestionamiento.

Resumiendo:

El aspecto político es predominante en la ciudad antigua, en tanto que en la ciudad cosmopolita de la época moderna lo es el aspecto económico.

La ciudad antigua es la creadora del Estado, suprema organización política del hombre.

La ciudad es creadora también del Municipio, de cuya sabia organización depende la mayor libertad de que pueda gozar el hombre.

La ciudad capital fue el resultado de la necesidad de una sede permanente para el rey y su corte; ejerció una poderosa fuerza centrípeta y fortaleció el sentimiento de unidad nacional.

Las capitales hispanoamericanas, como centros político-administrativos de las colonias, fueron factor decisivo en la formación de nuestras nacionalidades.

La ciudad cosmopolita favorece una nueva forma de integración social.

La ciudad, por la mayor proximidad y la mayor intensidad en las relaciones interhumanas, obra como factor nivelador en favor de la democracia.